

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 6, 1-7): *Nos dedicaremos a la oración.*

Salmo (32, 1-2.4-5.18-19): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (1ª de Pedro 2, 4-9): *Vosotros, sois piedras vivas.*

Evangelio (Juan 14, 1-12): *Creed en Dios y creed en mí.*

Qué importante es conocer a la persona con la que queremos mantener relación y dejar que ella nos conozca. Y vivir esa relación respetando mutuamente la libertad de cada cual. No se trata de tener vidas paralelas, sino de que, aunque cada cual llevemos nuestra vida, aunque solo nos veamos a veces; nos ayudemos, en alguna ocasión; y sepamos una persona de la otra, aunque sea a través de las redes sociales.

Se trata de respetar la propia autonomía y la de la otra persona, aunque vivamos en la misma casa y tengamos proyectos en común. Es mostrar que somos capaces de compartir el proceso de crecimiento personal que llevamos cada uno con sus objetivos y con los medios que nos proponemos. Y también disfrutar en común de la fiesta de la vida provocada por el encuentro profundo en el amor.

Conocer los orígenes, “*saber de dónde viene*”, nos ayuda a entender cosas de los otros y de nosotros mismos. Esto es lo más normal entre las personas que se encuentran, que más pronto que tarde aparezcan los orígenes de cada una. De alguna manera esto marcará la forma de relacionarse y profundizar en la vida de cada una de ellas. La familia propia y la de la otra persona, sus costumbres, su manera de relacionarse con los de casa y con los de fuera nos van dando unos perfiles más certeros de las personas con las que vamos iniciando relaciones y que aportan cosas importantes en el desarrollo de nuestras propias personas.

Con el paso del tiempo, después de ir tomando y abandonando a personas amigas, solemos hacernos una pequeña lista de amigos que son con los que realmente estamos viviendo lo cotidiano y las cosas extraordinarias, hasta que alguno de nosotros desaparece. También, más de una vez, esas personas que aparecen en nuestra vida, nos siguen aportando y soportando. Otra señal de presencia y de cercanía de las personas en nuestra vida: son las fiestas. Siempre están y estamos incluidas en las listas de las fiestas familiares, de los grupos de amigos y amigas, de los colectivos en los que participamos con sus logros, con sus efemérides y también en las etapas importantes de la vida de cada cual.

Todo nos ayuda a construir las comunidades en las que nos vamos insertando, creando lazos relaciones de convivencia, en las que la nota más característica es la de servir cada persona a las demás para el bien común de las de dentro de ellas y también para las de fuera.

Como creyentes, pertenecemos a una comunidad: la Iglesia a la que Jesús dirige constantemente su Palabra. Una comunidad inquieta, pero: **«No pierdan la paz»**. Una comunidad que necesita profundizar su fe: **«Si creen en Dios, crean también en mí»**. Una comunidad agobiada: **«En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones... Voy a prepararles un lugar»**. Una comunidad con deseos de comunión: **«Donde yo esté estarán también ustedes»**. Una comunidad dinámica: **«Ya conocen el camino»**. Una comunidad con una meta clara: **«El Padre»**, quien, además, nos va revelando el camino en su Hijo: **«Quien me ve a mí, ve al Padre»**. Una comunidad que no se nutre solo de palabras, sino de obras y signos: **«Si no me dan fe a mí, créanlo por las obras»**. Y una comunidad productiva: **«El que crea en mí... hará obras aún mayores»**.

Somos parte de esa comunidad de discípulos que nunca ha sido ni es la meta del caminar humano, ya que la única meta común es el Padre; más aún, la comunidad ni siquiera es el camino, porque el camino es Jesucristo. La comunidad eclesial no es la verdad ni la vida, sino testigo de que en Jesucristo está el camino, la verdad y la vida. En verdad, debemos sentirnos felices de formar parte de esa comunidad de discípulos, aunque eso no es motivo ni de orgullo ni de falsas seguridades.

«Dichosos ustedes, los que han creído», nos decía san Pedro. La fe nos ofrece certezas vitales, pero no nos resuelve todos los problemas, por la sencilla razón de que siempre vamos avanzando hacia donde nunca habíamos estado. Nuestro hoy es siempre nuevo. La vida nunca se repite y, por más valiosa que sean las experiencias de fe que compartimos, cada creyente va haciendo su propio camino con la Iglesia. A veces hay inquietud, a veces cansancio, a veces inseguridad, a veces necesidad de pertenencia, a veces el deseo de mayor cercanía con Jesús. A veces claridad en nuestra meta, a veces certeza en nuestro camino...

La fe no es una solución fácil a todas nuestras preguntas humanas, pero sí es un punto de apoyo existencial: **«Acérquense al Señor Jesús, la piedra viva rechazada por los hombres, pero escogida y preciosa a los ojos de Dios»**. Es sobre esa piedra viva sobre la que vamos construyendo nuestra comunidad eclesial. Una comunidad en la que nadie sobra, porque cada persona es otra piedra viva que entra en la edificación de la Iglesia, templo espiritual. Nosotros, cimentados en Jesús y unidos a Él, somos: *“estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada a Dios y pueblo de su propiedad”*, templo sagrado para el encuentro entre Dios y su pueblo.